

# en CUBA

## APOTEOSIS

La caravana de la Libertad

EL júbilo del pueblo tendió barreras de cariño ante el avance de la caravana de la libertad. Ellos, que arrollaron a su paso las fuerzas blindadas de la tiranía, quedaron prisioneros en aquella marejada desbordante que les envolvía y ahogaba. A lo largo de la Isla, desde Santiago hasta La Habana, la vía central asistió al paso de los héroes.

No hubo lugar a trazar itinerarios. Ciudades y villas reclamaron e impusieron su derecho a la presencia de Fidel y sus hombres. Las capitales de provincias, hitos en la jornada de triunfo, escucharon la palabra del líder de la Sierra Maestra, difundida a toda Cuba por la prensa y la radio. Dos veces se desvió de su ruta, una, para llevar su saludo a la noble Cienfuegos, la de la gesta del 5 de septiembre; otra, para depositar flores en la tumba de José Antonio Echevarría, en el cementerio de Cárdenas.

Cada uno de sus discursos marchó sobre la cresta palpitante de los acontecimientos. Apenas si habló de los dramáticos años de luchas y sacrificios. Se proyectaba hacia el futuro, previniendo a la ciudadanía contra un optimismo fácil. La guerra había terminado pero empezaba la revolución en sus íntimas esencias de progreso y reforma. El destino de la patria no podía ser nuevamente escamoteado.

A su paso, el comandante en jefe iba echando las bases de la organización administrativa, disciplinando las milicias, señalando el funcionamiento de los mandos militares, disponiendo el comienzo de las urgentes tareas de reconstrucción, apelando, en todas partes, al sentido de la responsabilidad y del deber. Los obreros regresaban al trabajo, los comercios abrían sus puertas, y el país, alegre como nunca, recobraba su ritmo normal.

La capital vivió una semana de espera apasionada. A partir del 2 de enero, a cada instante, rodaba la noticia del arribo de Fidel. Unas veces se la situaba tomando un avión y otras atravesando la provincia yumurina al frente de sus tanques. Las agencias de prensa contribuyeron a la confusión, fijando distintas fechas. Creció la ansiedad. La Habana no estaría satisfecha hasta que pudiera ren-

## Pedimos Excusas

**BOHEMIA** debe excusarse por los inevitables entorpecimientos surgidos en su circulación del número anterior. Los lectores de toda la Isla sabrán comprender las dificultades que irroga una edición de un millón de ejemplares, en las condiciones excepcionales surgidas en Cuba con posterioridad a la triunfante revolución de este mes. Con muchas vías de comunicación dañadas por la cruenta guerra que acaba de terminar y dependiendo en ocasiones del transporte aéreo, era prácticamente imposible cubrir a tiempo y en la medida fijada todo el territorio nacional. Para esta revista, que no tiene preferencias con ningún centro de población de la República, estas deficiencias son obstáculos a vencer, que tratará de impedir en el próximo futuro.

dir su homenaje al héroe del Moncada.

Finalmente se anotó el jueves 8 para la entrada de FC. Un aire de fiesta se extendió por la ciudad. De los balcones y ventanas colgaban banderas y gallardetes del M-26-7. Miles y miles de mujeres lucían orgullosas, en sus sayas y en sus blusas, los colores negro y rojo, tanto tiempo perseguidos. Los comercios y las oficinas recesaron y la ciudadanía, desde horas tempranas, fue situándose en lugares estratégicos. Una teoría de vehículos rodaba hacia las afueras, y los claxons, más júbilosos que impacientes, atronaban el espacio.

Por supuesto, no funcionó ninguno de los horarios prefijados. En Santa Clara, el pueblo había detenido las unidades blindadas de Casillas, enfrentándolas con botellas incendiadas. Ahora, las mismas tanquetas, tripuladas por barbudos, se atascaban en el cálido abrazo popular mientras descendían los aplausos y las flores. Sucedió en Madruga, en Catalina, en San José...

Pero el Cotorro reservaba al héroe la más pura de las emociones, porque era íntimamente suya y venía a tocar su corazón de padre. Allí, aupado en los brazos recios de Juan Almeida le esperaba "Fidelito", vistiendo el glorioso uniforme verde olivo. Padre e hijo, después de una larga ausencia que la muerte pudo hacer definitiva, volvían a encontrarse en plena apoteosis. Muy juntas las

caras, la suave mejilla apretada a la áspera barba les vio Cuba como un símbolo de la paz y la victoria.

Fidel viajó en auto hasta la Virgen del Camino. Allí se trasladó a un jeep, acompañado del comandante Camilo Cienfuegos. Avanzaron prácticamente arrebatados por la multitud. Por encima del impetuoso oleaje de cabezas, sofocado, pero feliz, se avistaron las facciones del líder rebelde. Y brotó un grito enorme, inmenso, como si la capital quisiera desquitarse de tantos años de silencio.

—¡Fidel! ¡Fidel! ¡Fidel!

Repicaban las campanas con su canto de bronce y en el puerto los barcos hacían sonar las sirenas, mientras la caravana, lentamente, se dirigía ciudad adentro. La TV llevaba al recibimiento a todos los hogares. Las familias, inmovilizadas frente al televisor, esperaban el minuto de volcarse en la calle para saludar a los libertadores.

En rastras, autos, camiones, vehículos militares de todo tipo, hizo su entrada la tropa rebelde. Eran los guerreros de la Sierra Maestra, columna vertebral del Ejército de Liberación. Eran los muchachos del Turquino, los bravos orientales que todo lo dejaron para enrolarse bajo las banderas del Gramma.

La mayoría, entre ellos, jamás había visitado La Habana. No eran pocos los que nunca habían ido más allá de los humildes caseríos de la cordillera. Miraban con ojos

de asombro el panorama extraordinario de la metrópoli con sus rascacielos y avenidas. Se les advertía cohibidos y como abrumados con timidas sonrisas que florecían entre las madeja hirsuta de las barbas legendarias.

Se extendían las manos para estrechar aquellas otras encallecidas en el fusil. Las mujeres, trepando a los camiones detenidos por la muchedumbre, se les colgaban del cuello para besarles las atezadas mejillas. Eran caricias cuajadas de pureza con las que las cubanas premiaban a los héroes. Eran besos limpios de madres y hermanas. Relan las bocas, pero en las pupilas afloraba un húmedo temblor de lágrimas.

La columna avanzó por toda la Avenida del Puerto, flanqueada por una doble fila de milicianos, sin otra finalidad que impedir que los habaneros, en su exaltación patriótica se lanzaran sobre el vehículo donde viajaba el comandante en jefe.

—Por favor amigos... por favor... disciplina compañeros.

En el embarcadero, frente al edificio del estado mayor de la Marina, engalanado con una gran bandera estaba fondeado y empavonado el Gramma, la cáscara de nuez en la que 82 hombres desafiaron el mar y surcaron el golfo para hacer historia. Fidel quiso visitar el yate cargado de recuerdos. Rodeado de oficiales y marinos, debió evocar las horas inciertas de la travesía y el desembarco y pensar en sus compañeros muertos.

Los cañones de las fragatas Máximo Gómez y José Martí disparaban salvas. La columna prosiguió su marcha hasta la Avenida de las Misiones. El jefe rebelde iba a hacer escala en el Palacio Presidencial para saludar al primer Magistrado de la nación. A la puerta de la mansión ejecutiva le esperó Urrutia rodeado de sus ministros.

Desde la terraza norte, ventanal abierto sobre el panorama del verdadero pueblo, Fidel Castro saludó a La Habana. En otras ocasiones, el propio lugar había sido escenario de convocatorias supuestamente populares. Muchas veces los paniaguados de la dictadura fabricaron con el soborno, la amenaza y la coacción, homenajes artificiales al déspota en fuga. Los vecinos, que las soportaron, podían apreciar la diferencia. Nada podía compararse con aquel océano infinito de cabezas que se extendía hasta el borde mismo del malecón, junto al Castillo de la Punta.





Habló el presidente, con su lenguaje sencillo de hombre honrado:

—Cubanos: el gobierno de la República en el palacio presidencial ha abierto los brazos para recibir al gran líder de la América, Fidel Castro Ruz. La democracia cubana se considera honrada con la presencia en el palacio presidencial del gran héroe en la lucha contra la tiranía. Nuestro pueblo debe sentirse profundamente orgulloso de contarle entre sus hijos. Es, sin lugar a dudas, el líder combatiente más abnegado de la historia... Después de derrocar la dictadura con su esfuerzo admirable no ha tomado el poder en sus manos, sino que lo ha puesto en manos de un hombre en quien él tiene fe.

—Cubanos: Nosotros juramos que sabremos hacernos dignos de ese gesto del gran líder de los cubanos... Con ustedes, Fidel Castro Ruz...

Y cuando se quietó el clamoreo de júbilo, se alzó la voz clara del comandante en jefe. Conforme a su hábito, puesto de manifiesto durante su triunfal recorrido, FC no pretendió hacer un discurso, sino que inició una charla directa con el pueblo, sin giros ampullosos, sin gestos teatrales. Cada quien podía pensar que Fidel se dirigía a él, en un diálogo de amigo a amigo.

—Este edificio —observó risueño—, nunca me gustó y me parece que no le gustaba a nadie. Lo más que yo había subido fue ahí, a ese muro, cuando era estudiante...

Señaló con el índice el viejo lienzo de una muralla colonial que antaño le sirviera de tribuna para denunciar la corrupción oficial. Habían pasado los años y el líder de la FEU devino en la primera figura nacional y en hombre de dimensión continental. Entre ambos, empero, había una constante pasión e ímpetu, una solución de continuidad que iba del mozo al hombre.

—Ustedes quisieran saber, prosiguió, cual es la emoción que siente el líder de la Sierra al entrar en Palacio. Les voy a confesar mi emoción: exactamente igual que en cualquier otro lugar de la República. No me despierta ninguna emoción especial. Es un edificio que para mí, en este instante tiene todo el valor de que en él se alberga el gobierno revolucionario de la República.

Reclamó silencio:

—Si por el cariño fuera, el lugar donde por motivo de hondo sentimiento yo quisiera vivir, sería: el Pico Turquino. Porque frente a la fortaleza de la tiranía opositamos la fortaleza de nuestras montañas invictas hasta ahora. Sin embargo, yo quiero que el pueblo vaya a Columbia, porque ahora Columbia es del pueblo. Y que los tanques que ahora son del pueblo, vayan a la vanguardia del pueblo, abran el camino. Nadie le impedirá la entrada y nos reuniremos allá.

Aludió a su reciente visita, durante el trayecto, al Gramma, y a sus profundas emociones al pisar de nuevo el puente de aquella embarcación que era un pedazo de su vida. Y finalizó:

—Y ahora una prueba que yo quiero del pueblo de La Habana, porque alguien decía a mi lado que harían falta mil soldados para pasar por donde está el pueblo. Y yo digo que no. Yo solo voy a pasar por donde está el pueblo. Dicen eso porque han visto tanta emoción y tanto entusiasmo que tienen miedo que nos vayan a da-

ñar. Sin embargo, el pueblo tiene que cuidar de los revolucionarios.

Una pausa:

—Voy a demostrar una vez más que conozco al pueblo. Sin que vaya un soldado delante le voy a pedir al pueblo que abra una fila. Yo voy a atravesar solo por esa senda, junto al presidente de la República. Así compatriotas, le vamos a demostrar al mundo entero, a los periodistas que están aquí presentes, la disciplina y el civismo del pueblo de Cuba. Abran una fila y por ahí marcharemos para que vean que no hace falta un solo soldado para pasar por entre el pueblo.

Antes de concluir sus palabras ya la multitud, en un movimiento espontáneo, refluía hacia la línea de los edificios, apretujada, fundida en una sola y enorme masa. Delante de Urrutia y Fidel, como ante la quilla de un buque cortando las aguas, se abría un espacio libre, que luego, al pasar el presidente y el líder, se cerraba otra vez.

La columna tomó por Malecón hasta 23. Vista desde el mar debía lucir como un fantástico hormigueo de gentes y vehículos. Porque la muchedumbre no se limitaba a presenciar el paso del ejército rebelde y su caudillo, sino que se incorporaba al impresionante desfile. Nadie se rindió al cansancio, como si la fatiga y las distancias cedieran ante el patriotismo.

En el hotel Hilton, los turistas norteamericanos destruyeron las hojas de las guías telefónicas para hacer caer sobre Fidel una llu-

vienda. Entonces como ahora, en el dolor y en la alegría, palpitaba idéntica emoción. Parecía como si los ideales que informaron la existencia del adalid de la vergüenza cobraran fuerza, revitalizados por el noble aliento que soplabla sobre Cuba tras la noche negra de la tiranía.

Si era cierto que la mitad de La Habana marchaba hacia Columbia en la huella del ejército rebelde, la otra mitad, indudablemente, aguardaba en el campamento militar. La fortaleza inexpugnable, el escenario del 4 de septiembre y el 10 de marzo, era también territorio libre. No había centinelas, ni postas, ni registros, ni ametralladoras asomando sus hocicos negros.

El acto asumía perfiles de reivindicación. Aquella enorme masa aduenada del polígono daba fe de la magnitud de la victoria. Por la tribuna desfilaron Juan Nuíry y Luis Orlando Rodríguez y se escucharon las voces inconfundibles de los locutores de Radio Rebelde. Cuando tocó el turno al comandante en jefe, el vocerío ahogó sus primeras palabras. Fidel se llevó los dedos a los labios reclamando silencio:

—Compatriotas, les ruego que guarden el mayor silencio posible. ¿No son revolucionarios los que hay aquí?

—¡Sí!... ¡Sí!

—No hay muchos soldados rebeldes? ¿No hay muchos soldados del ejército?

Y al repetirse las respuestas afirmativas:

—Entonces aquí tiene que haber disciplina y todo el mundo tie-

nosotros había verdadero desinterés...

—El pueblo, el pueblo ganó la guerra. Esta guerra no la ganó nadie más que el pueblo, y lo digo por si alguien cree que la ganó él, o por si alguna tropa cree que la ganó ella. Y por tanto, antes que nada está el pueblo.

En otro párrafo:

—El crimen más grande que pueda cometerse hoy en Cuba, repito, el crimen más grande que pueda hoy cometerse en Cuba sería un crimen contra la paz. Lo que no perdonaría hoy nadie en Cuba sería que se conspirase contra la paz. Todo el que ponga en peligro la tranquilidad y la felicidad de millones de madres cubanas es un criminal y un traidor. Quien no esté dispuesto a renunciar a algo por la paz, quién no esté dispuesto a renunciarlo a todo por la paz en esta hora, es un criminal y es un traidor...

Denunció el robo de armas en la base aérea de San Antonio de los Baños y sacó a la luz el trasfondo de discrepancias y recelos que amenazaban la unidad revolucionaria. A la noche siguiente, en el programa Ante la Prensa fue más explícito. El futuro de la nación tenía que salir a debate público para que fueran los estados de opinión los que dejaran la palabra decisiva.

El pronunciamiento de Fidel podía calificarse como la tesis de la paz. El hombre de derecho, de formación jurídica primaba sobre el soldado victorioso. Era la hora de la reconstrucción.

Próxima la medianoche, clausuró el discurso en medio de una frenética ovación. La marejada humana se dispersó ordenadamente. Al júbilo se mezclaba, en creciente proporción, un hondo sentido reflexivo. Fidel lo había dicho: el pueblo que ganó la guerra, debía ganar la paz y conquistar el porvenir.

En la madrugada, silenciosamente, el jefe rebelde se escurrió de la fortaleza de Columbia. Con íntima repugnancia declinó quedarse en la que fuera residencia de Batista. Durmió en un modesto hotel de la calle Monserrate, donde se albergaba en sus días de estudiante.

## SANCION

La sentina de Masferrer

**A**PENAS prendió la certidumbre de la fuga del dictador, el pueblo, en espontáneo arranque, empezó a congregarse frente a la sentina impresa de Rolando Masferrer, en el número 366 de la calle San José. El edificio estaba solitario.

Nadie enardeció la ira popular. La carga explosiva de odio y asco, acumulada a lo largo de siete años de insultos y vejaciones, estalló incontenible, en un afán vindicativo y justiciero. No se trataba de un saqueo vulgar. Arrasar a "Tiempo" era una acción de profilaxis cívica. En el repulsivo órgano del pandillismo se castigaba, simbólicamente, a cuantos, en mayor o menor grado, habían envilecido la letra de molde.

En el curso del siniestro período de Batista, el diario de RM constituyó una injuria permanente a la sensibilidad de Cuba. Desde sus páginas se instó a la violencia, se aplaudió el crimen, se ofendió a los muertos, se ultrajó la dignidad del pueblo, se vejó

## Nuestra Gratitud a "Carteles"

**BOHEMIA** cumple un deber de gratitud al destacar el fraternal concurso de la revista *Carteles* en la confección de su edición gigante de 1 millón de ejemplares. El moderno y progresivo semanario de Infanta y Peñalver, cuya independencia editorial es innegable, a pesar de pertenecer a las Publicaciones Unidas S. A., dejó abnegadamente de salir durante dos semanas a fin de que **BOHEMIA** pudiera cumplir con su pueblo, en ardua lucha contra el tiempo, el deber de llevar al último rincón de la República su palabra, reconquistada a la tiranía.

via de menudos pedazos de papel, a la manera tradicional de Broadway.

—No he visto nada igual en ninguna parte del mundo, comentó un reportero de la Columbia Broadcasting System.

Completó su opinión con un paralelo.

—Y yo presencié la bienvenida a Eisenhower y a Mc Arthur...

Y Jules Dubois, que había asistido al desplome de Pirón, de Rojas Pinilla y Pérez Jiménez:

—Es el espectáculo más extraordinario que he visto en mis 30 años de periodista.

—Sólo puede compararse al recibimiento de De Gaulle en París después de la liberación, apuntó otro corresponsal estadounidense.

Por aquella propia avenida, un 16 de agosto, el pueblo había marchado detrás del féretro que guardaba los restos de Eduardo R. Chi-

ne que callarse para poder oír...

Se aquietaron las exclamaciones y murmullos. Sólo persistió, como una música de fondo, un vago rumor multitudinario. Fidel inició su discurso. En su hombro izquierdo reposaba una paloma blanca. El hombre de la guerra se desdoblaba en conductor político. Había pasado la época de la prosa épica. Tocaba hablar el lenguaje más difícil de la autodisciplina y las responsabilidades colectivas.

Señaló los deberes del revolucionario:

—Tenemos que preguntarnos si hicimos esta revolución pensando que apenas la tiranía fuese derrocada ibamos a montar en un "coche de pato", que cada uno de nosotros iba a tener un palacete y en lo adelante, para nosotros, la vida sería un paseo, tenemos que preguntarnos eso, o si en cada uno de



procazmente a la mujer. "Tiempo" se escribía con baba y sangre.

Nunca antes se envileció a tal punto el lenguaje. Los calificativos más groseros, los epítetos más soeces desfilaron impunes por los linotipos y las rotativas. Masferrer y sus acólitos competían entre sí, en un nauseabundo maratón de infamias. Para entrar en "Tiempo" era menester dejar fuera todo vestigio de decencia.

En el recuento horrible de la satrapía vencida, el vocero de las maffias tenía derecho a un lugar de honor, tan destacado como el expediente de Ventura o el de Jacinto García Menocal. Al lado de algunos nombres odiosos como el SIM, el SIR, la FAE, había que inscribir a "Tiempo".

Las últimas ediciones del libelo de la tiranía merecían conservarse como documentos históricos que reflejaban la impudicia y el crimen. Cuando ya el régimen se desplomaba y Batista enviaba a sus soldados a una muerte inútil, todavía "Tiempo" prodigaba su bravuconería y anunciaba, en rojos cintillos, victorias imaginarias.

En realidad, no logró impresionar a nadie. La verdad era demasiado evidente para que pudiera ser distorsionada caprichosamente. De otra parte, era difícil que algún ciudadano llevara la mano al bolsillo para malgastar cinco centavos comprando un periódico que ofendía sus mejores sentimientos y cuya presencia en el hogar manchaba el pudor de su familia. A lo más, paseaban una mirada cargada de ironía y desprecio por sus escandalosos titulares.

El martes 30 de diciembre, el órgano de Masferrer desplegó en primera plana un cintillo, anunciando una violenta batida a los rebeldes. La información venía ilustrada con las efigies de una pareja de carniceros: el coronel Casillas y el general Pedraza. Los pies de grabado, de una sola línea, estaban entresacados del texto. El de Casillas: "...limpieza total". Y el de Pedraza: "...simpatía en la tropa".

El sumario era digno de pasar a una antología de la mentira: "Desalojados de posiciones que habían capturado en Santa Clara y Santo Domingo. Limpian las fuerzas de Casillas y Fernández Suero la zona central de Las Villas. Huyen grupos al mando del comunista extranjero "Che" Guevara de Santa Clara. Seguirá la ofensiva de las fuerzas armadas en toda la provincia para liquidar los grupos de sabotadores comunistas, fidelistas y priistas."

Para novelizar tan mendaz información, el staff de "Tiempo" inventó una transmisión, por onda corta, de un programa radial del ejército, llamado Estrella Solitaria, vocero de las fuerzas armadas en Bayamo. Desde la capital, frente a las máquinas de escribir, los alabarderos de la pluma se lanzaron en apoyo del vapuleado Casillas, reconquistando ciudades y poniendo en fuga a los rebeldes de Las Villas.

Explicaban la razón de que hubiera tantas voces insurgentes en el aire. Según ellos, "los fidelocomunistas, escondidos en las cuevas del Escambray", sólo disponían de una modesta plantita de factura inferior.

—Pero en su afán de armar mucha bulla —era la pintoresca versión—, de confundir, de dar la sensación de una fuerza y un poderío que no tienen, los comunis-



## "CONCHITA" FERNANDEZ

Una de las primeras decisiones del Canciller Roberto Agramonte, apenas tomó posesión del cargo, fue la de designar a "Conchita" Fernández embajadora extraordinaria. Surgida de la cantera ortodoxa, secretaria del inolvidable "Eddy" Chibás en los años más tensos y luminosos de éste —los que culminaron en su inmolación—, esta magnífica mujer y amiga entrañable de BOHEMIA combatió en la primera línea del Movimiento de Resistencia Cívica a la par de otras muchas cubanas, orgullo de su sexo, entre

las que se encuentran las hermanas "Pastorita" y Olga Núñez, Haydée Santamarina de Hart, Celia Sánchez, Vilma Espín (Débora), Melba Hernández, Flavia, Piedad Ferrer, Lilia Mesa, Emma Montenegro, Violeta Casals... Dos héroes de la libertad, los comandantes Camilo Cienfuegos y Raúl Chibás, unen sus sonrisas de triunfadores a la de "Conchita", en el momento más venturoso de una contienda sin tregua por la decencia y el derecho.

tas, variando un poco la frecuencia de la emisora, cambiando las voces y dando títulos a cual más ridículo a sus transmisiones en horas distintas, quieren dar la impresión de que tienen docenas de radioemisoras clandestinas.

—Pero cualquier observador inteligente les descubre el burdo juego. Nosotros creemos que tienen sólo una planta en el lomerío de Villaclara.

A seguidas, "Tiempo" entraba a describir a las fuerzas rebeldes,

integradas por mercenarios y aventureros de todas las nacionalidades: mexicanos, argelinos, norteamericanos, chinos, españoles... Al frente de ese mosaico de nacionalidades situaba al anarquista español, Eloy Gutiérrez Menoyo, y al "rojo", Ernesto Guevara.

En párrafos sucesivos, el portavoz de los gangsters elogiaba a la aviación batistera, describiendo sus bizarras hazañas bajo los cielos villareños. Tal homenaje impreso podía constituir una valiosa

prueba de cargo en el proceso que iba a iniciarse contra los asesinos del aire, los genocidas de la provincia central.

—¡Había que escuchar los mensajes de desesperación y pánico de los bandidos de El Escambray —se regocijaba "Tiempo"— que tuvieron la audacia de introducirse en algunas localidades de Las Villas, cuando los valerosos pilotos y artilleros de la aviación militar les hicieron una visita en la tarde de ayer domingo!



—En especial los de la loma del Capiro, los de Sancti Spiritus y Jatibonico, que no cesaron de llamar a los enfermeros y los médicos. Los perros todavía están lamiéndose las heridas que les causó la FAE.

Al final, con macabro humorismo:

—Y eso que tuvieron el buen cuidado de no llamar a las agencias de pompas fúnebres para que les enterrasen sus cientos de muertos, porque en su precipitada fuga los dejaron para alimento de las pobres auras tiñosas.

La edición del 31 de diciembre, víspera de la fuga de Batista, estaba redactada en idéntico estilo. Leídos 24 horas más tarde, los textos cobraban un valor irónico. Revertían sobre sus autores como un boomerang.

Un botón de muestra:

—Ahora los bravucones, los desalmados, los perdonavidos, los guapos, los matones, llegada la hora en que deben mostrar su valor, comienzan a elevar preces al Altísimo; piden perdón, histéricos, chillan por radio, se ocultan en los pueblos de Las Villas y de Oriente detrás de las mujeres...

El párrafo podía aplicarse íntegramente a Masferrer y sus pandillas y por extensión a todos los sicarios de la dictadura. Eran ellos los que sentían el aflojamiento de piernas que nunca rindió a los rebeldes. Eran ellos, los cultores de la más incivil matonería, los que se disputaban los puestos en los aviones, los que refugiaban su pánico en las embajadas, los que se escondían bajo los más grotescos disfraces, los que abordaban sus yates y se hacían a la mar sin rumbo fijo, huyendo de la isla encrespada de cólera y sedienta de justicia.

Los "héroos" de San José 366 seguían hablando a nombre del ejército:

—Los soldados no pedimos cuartel. No nos lo pidan ahora los monstruos chorreantes de sangre. No se hagan ilusiones. Poca cosa ha sido el bombardeo a sus escondrijos y poca la lluvia de plomo que ha caído sobre sus cabezas comparado con lo que les viene encima ahora. ¡A los soldados se nos está agotando la paciencia! ¡Estamos ansiosos de liquidar el grave mal que aqueja a la patria!

La última parte era cierta. Tan cansados estaban, que se dejaban atrapar en racimos, y bastaba la proximidad de un barbudo para que arrojaran el fusil y alzaran las manos. Algunos regimientos, con sus cañones, sus tanques, sus aviones, se rindieron por teléfono.

En su edición fechada el jueves primero, circulando desde la noche anterior, el periódico de Masferrer insertó una nota que vino a ser la única verdad entre un montón de falsedades:

—"Tiempo" no se editará mañana.

Efectivamente, no se editó. Y no porque su personal estuviera festejando el año nuevo, como fue la intención original, sino porque el "viril" libelo del masferrato se había disuelto en un temblor de miedo.

Valía la pena revisar, siquiera en síntesis, el panorama del posterior ejemplar de "Tiempo". Enero primero era la festividad de San Fulgencio y no podía faltar el retrato del mayoral de Kuquine. El pie de grabado era un exponente de servilismo.

—Fulgencio Batista y Zaldívar, figura señera de la historia cuba-

na de estos últimos 25 años, cuyos servicios al país en todos los frentes, han marcado hitos realmente históricos... Batista recibirá todo tipo de congratulaciones de la sociedad en general, ratificándole su amistad y devoción... **Tiempo** le augura los mejores éxitos en la gobernación del país, desde donde ha demostrado sus dotes de estadista y de buen gobernante.

Los titulares:

—Cientos de rebeldes muertos en Las Villas... Normalizarán el tráfico por la central...

**Tiempo** prosiguió victoriosamente la campaña en la zona central de la Isla. Cualquier observador sagaz, leyendo entre líneas, podía advertir síntomas claros de desesperación. Todo era burdo. Así describía el periódico de la dictadura las operaciones de Las Villas:

—La sabana y los potreros estaban literalmente cubiertos de cadáveres de fidelistas que fueron despanzurrados por los tanques ocultos en unas malezas... En Pinar del Río los comunistas impotentes frente a la mano dura del comandante Jacinto Menocal que los tiene locos... La aviación hizo papilla una pequeña concentración de bandidos que se movía en

varios jeeps y camiones. Un avión abrió fuego de ametralladoras incendiando un camión y un jeep patas arriba en la cuneta a una docena de sacatripas y cuatrerros.

Contemplados con pupilas retrospectiva los artículos y secciones de "Tiempo" movían a la risa. El equívoco Luis Manuel Martínez la emprendía con las sociedades de recreo por su negativa a festejar el año nuevo. Un tal Orlando Núñez Pérez hablaba de "la ofensiva de miedo" que estaba afectando a algunos jerarcas del régimen. El, Núñez Pérez, gallardo y entero, se declaraba dispuesto a desafiar esas amenazas.

En otras páginas, un sujeto nombrado José Octavio Muñoz, notorio por su expediente gangsteril en Santiago de Cuba, incitaba al crimen, reclamando una San Bartolomé de rebeldes y opositores.

—A limpiar a ras de tierra, vó-ciferaba. Que no quede ni donde amarrar la chiva de estas alimañas. La culpa es de ellos que no oyeron el llamado para que se entregaran porque se creían fuertes y poderosos cuando es la lucha del elefante y la hormiga... Veremos dónde se meten los "guilaos" que ya conocemos...



PELAYO CUERVO

El recuerdo de Pelayo Cuervo acudió a la mente de todos apenas se vio libre Cuba de la ominosa pesadilla batistiana. Víctima de uno de los más sombríos y repulsivos asesinatos de la dictadura, el dirigente ortodoxo fue sacado de su escondite y ultimado en la infausta fecha del 13 de marzo de 1957, horas después del frustrado ataque al Palacio Presidencial. En el foro, en el Senado, en la tribuna política, en la prensa, la radio y la TV, la ejecutoria de Pelayo Cuervo fue brillante y tesonera en defensa de los ideales de adecentamiento público propugnados por Chibás. Pertenece a la lista imborrable de los mártires de la revolución y de los forjadores de conciencia cívica.

La sección B-1 señalaba una semana de plazo para el total exterminio de los focos rebeldes de Oriente y de Las Villas. Carlos Romero, en su crónica política, se dedicó a señalar los nombramientos proyectados por Rivero Agüero, Luis Manuel Martínez, Alejandro Herrera Arango, Borrell Navarro, Güell y Campa figuraban entre los beneficiarios del futuro reparto.

Según Gustavo Perdomo, cambios fundamentales se producirían en la política nacional durante 1959. Claro está que su diagnóstico no preveía la catástrofe que a esa hora se gestaba. Menciona nombres que ya sólo pueden tener vigencia en los sumarios de los tribunales revolucionarios o en los interdictos de la ley número 2.

En otro artículo, Pedro García Mellado, médico de la intimidad de Ventura y colaborador técnico en las antros de tortura, postulaba la integración de un frente civil para respaldar "hasta afuera" al régimen de Batista. Conforme al estilo de Masferrer, cultivó la tónica de la guapería.

—Serenamente, sin nerviosos aspavientos, se ha separado a los cobardes y traidores y designado en su lugar a hombres con historia de tales, a recios peleadores que ni se atemorizan ante las baladronadas de la conjura comunista ni cuidan más de su bolsa que de su honor.

En su columna Ojos en la Calle, Fernando Carrandi se enternece al anunciar que el valetudinario Justo Luis Pozo desalojaba el municipio para entregarlo al reincidente "Felo" Guas.

—Hoy —otro que profetizaba sin saberlo— quizás estas sean nuestras últimas cuartillas sobre la actuación de este gran alcalde. Por lo menos, en lo que se refiere a su función como alcalde. Y en verdad sentimos no poder seguir reportando tan fecunda labor. Gran satisfacción y estímulo obteníamos tecleando sobre nuestra Underwood las informaciones municipales.

Con esa edición del primero de enero clausuró "Tiempo" un capítulo ignominioso en la historia del periodismo cubano. Empero, todavía quedaba mucho por hacer para limpiar una profesión que fue perseguida y amordazada desde fuera, pero también deshonrada desde dentro.

Todavía, a casi dos semanas de la caída del dictador, éste continuaba figurando oficialmente en los cuadros del Colegio Nacional de Periodistas y podía exhibir su flamante "certificado de capacidad", el primero expedido por la Escuela Manuel Márquez Sterling.

La clase estaba reclamando imperativamente un saneamiento total que la librara de plumíferos a sueldo y sicarios de la pluma, como los que sirvieron, hasta el último minuto, al régimen de oprobio que representó Batista.

La reorganización debía ir más honda, hasta sus propias raíces, sacando a oposición las cátedras de las escuelas de periodismo, modificando, para mejorarlos, los planes de estudio a fin de desarrollar en las futuras promociones un recto sentido de la misión informativa.

Para que nunca más se repitiese el caso de "Tiempo". Para que nunca más la ira del pueblo tuviera que barrer con un órgano de publicidad.



## PANORAMA

### Los Primeros Pasos

**C**ADA minuto, a partir del Día de la Libertad, aportaba un acontecimiento nuevo. La atención periodística era constantemente requerida por trascendentes eventos. El pueblo, ávido de noticias, arrebatada las ediciones de los periódicos, pendiente de la televisión y de la radio, siguiendo el dinámico itinerario de la actualidad.

Durante siete años, en los fugaces paréntesis sin censura, el balance semanal de la Sección EN CUBA recogía la extensa lista de los compatriotas perseguidos, atropellados y encarcelados por la dictadura. Ahora, invertidos los términos, eran los sicarios y verdugos de ayer quienes ingresaban en las prisiones. Existía, empero, una sustancial diferencia: una fuerza pública respetuosa de los derechos individuales había sustituido a las pandillas uniformadas de antaño.

Los detenidos sumaban centenares a lo largo de la Isla. El marzato fue pródigo en el reclutamiento de "chivatos" y confidentes de todo jaez. No había un rincón en el país que no contara con el triste privilegio de haber sufrido, en mayor o menor grado, las depredaciones de la zona batistiana. Era una regla sin excepción.

Entre los maleantes atrapados los había de todos los tipos y jerarquías: altos oficiales del ejército y la policía, soplones de \$33.33, asesinos con extensa hoja de crímenes, aprovechados usufructuarios del régimen, inescrupulosos conmitilones de Mujal, funcionarios civiles. En suma, un muestrario de escoria y bajeza.

Resultaba interesante relacionar algunos nombres y circunstancias. En Isla de Pinos, donde disfrutaba de unas plácidas vacaciones pascales, fue capturado Jesús Artigas, hombre de confianza del ex mayoral de la CTC y agente represivo en el seno del movimiento obrero. En su poder, como si fuera un "menudo" para el gasto diario, se ocuparon dieciséis mil pesos.

A Pedro Anibal Duarte, el agresivo matón que tantas arbitrariedades cometió en el Instituto del Vedado, lo atraparon milicias integradas por estudiantes del propio plantel. Ante las cámaras del canal 12 comparecieron decenas de alumnos para denunciar el régimen de violencia, vejámenes y amenaza que mantenía Duarte en aquel centro de enseñanza. Era un extraño profesor de pistola al cinto y carnet policíaco.

Muchos esbirros de renombre caían también en manos de las milicias. Entre ellos, Aniceto Pardo Pico, el tristemente célebre "Niño Valdés", uno de los asesinos de Aristides Viera. Tras las rejas se encontraban también el siniestro sargento "Rompehuesos" y "Cachirulo". Y seguía la relación con el jefe de la 15a., Arturo Suárez, el cabo Marcel.

Entre tantos casos de perfiles dramáticos hubo uno pintoresco. Hermelindo Batista y Zaldívar, hermano del sátrapa fugitivo, se comunicó telefónicamente con la comandancia instalada en el campamento de Columbia. Quería que lo fueran a recoger a una residencia del Cerro, donde se había refugiado previsoriamente. El capitán Luciano Nieves y cuatro barbudos se encargaron de la misión.

La presencia de Hermelindo en la antigua ciudad militar suscitó



## EL COMANDANTE ALMEIDA

En estas semanas de profusas informaciones, ilustraciones y comparencias televisadas, cuando tantas fisonomías de combatientes se han adueñado de la atención ciudadana y el país vive fascinado por una historia que es de ayer y parece leyenda, ha pasado casi inadvertido uno de los héroes principales de la gesta libertadora cumplida por las fuerzas de Fidel Castro: el comandante Juan Almeida. Mientras algunos, sin mérito real, trepaban ambiciosamente la

cucaña de la publicidad, disputando a los efectivos protagonistas de la Revolución el primer plano, este sencillo cubano, salido de la cantera popular, expedicionario del "Gramma", estratega de la gran campaña oriental, se hurtaba al fácil exhibicionismo, demostrando una modestia semejante a su coraje. Aquí aparece el comandante Almeida, rodeado de sus lugartenientes y del fotógrafo santiaguero Trutié, colaborador de BOHEMIA.

un sentimiento de curiosidad. Flaco, de rostro afilado, tez oscura, sin afeitar, con la mirada humilde y la palabra incoherente, HB' ofrecía una estampa de infelicidad. A brazo lucía el brazalete negro y rojo del 26. En las manos sujetaba un misal romano y dos cañas barnizadas, que revelaban sus devociones fetichistas.

—Yo siempre he simpatizado con los valientes revolucionarios, balbuceó. Mi misión ha sido rezar, rezar por la paz... Yo quiero que visiten el altar que tengo en mi casa.

Se advertía ahora por cuáles motivos el dictador mantuvo eclosamente escondido al hermano Hermelindo, sin permitirle acceso a los actos oficiales, alejado de la crónica social, tan acogedora para los miembros del clan familiar. Hermelindo era el "ceniciento" de la casa. Ese ostracismo no impidió, empero, que lo designaran dos veces representante a la Cámara por Pinar del Río. Nunca acudió al hemicielo. Camilo Cienfuegos dispuso que lo libertaran, ofreciéndole protección y garantías.

A medida que se restablecía la normalidad y se investigaba en los archivos ocupados, aumentó el ritmo de los arrestos. El jueves 8, el comandante Aldo Vera, jefe provisional de la policía, anunció que habían sido detenidas ochocientas personas entre acusados y sospechosos. En ningún momento se ocultó la identidad de los mismos

y se dieron facilidades para que pudieran ser visitados por sus familiares.

Algunos elementos del batistato, en la urgencia de la escapatoria, pretendieron pasar inadvertidos, mezclándose con los milicianos en sus labores de limpieza. La superchería duró el tiempo que tardaron en tropezar con algún revolucionario conocido. Así fueron arrestados los comandantes Argüelles y Román Gómez.

La actuación criminal de los esbirros de la tiranía había dejado una larga estela de desaparecidos en la capital y en el interior. Cuadrillas de milicianos realizaban excavaciones en el bosque de La Habana donde según rumores existía un "cementerio particular". De igual forma se iniciaron registros en la finca de Ventura. En Santa Cruz del Norte se realizó un espeluznante hallazgo: aparecieron, enterrados en una zanja 57 cadáveres sin identificar. Era la obra de Pilar García y de sus hombres.

En el domicilio de la viuda de Salas Cañizares fueron ocupados distintos valores, entre ellos más de medio millón de pesos en acciones al portador de una Compañía Inmobiliaria. Todos los documentos, una pequeña parte de la fortuna amasada por el feroz jefe policial, quedaron bajo la custodia de la columna Angel Almejeiras, a la sazón acampada en la Ciudad Deportiva.

El cable trajo unas breves de-

claraciones del último premier de la dictadura, Gonzalo Güell, al que Batista sacó de su rutina opaca de burócrata para hacerle vestir la librea de lacayo. En el feudo de "Chapitas", Güell asumió las funciones del grupo de fugitivos. Para GG, la vergonzosa huida tenía un hondo "sentido patriótico".

—El general Batista, afirmó, se siente muy agradecido por la generosa acogida que le han dispensado a él y a los suyos...

Entre las acusaciones formuladas contra el marzato, una exhibía excepcional categoría y venía a confirmar las aseveraciones de la radio rebelde y de los organismos del M-26-7 en el exilio. Señaló la Cruz Roja Internacional que la dictadura se había negado sistemáticamente a concertar ayuda médica para los heridos del ejército libertador. Así pagaba la asistencia que los insurgentes prestaron a sus soldados prisioneros.

En San Cristóbal comenzaron las investigaciones en relación con los capítulos de horror escritos por el sanguinario Jacinto Menocal. Uno de los colaboradores del Chacal de Dayaniguas, el alistado Bienvenido Vigoa, confesó su participación en más de ciento ochenta asesinatos.

—Una noche, habló con singular cinismo, ahorcamos a 31 guajiros que estaban de acuerdo con los alzados...

Al par que tan urgente tarea de depurar responsabilidades y san-



cionar a los culpables, vigorosamente reclamados por la opinión pública, el régimen provisional acometió las primeras labores de gobierno. Había que organizar los cuadros administrativos, el servicio diplomático, reconstruir el país destrozado por dos años de guerra, rehabilitar la economía quebrantada por el pillaje. Había que ordenar a la propia revolución para que en inmenso júbilo colectivo se conjugara con un ancho sentimiento de confianza.

A Fidel tocó la tarea más difícil. Quien, primero que nadie, en la palabra y en la acción enarboló la tesis de la guerra necesaria, se convirtió en el abanderado de la paz. Reclamó, en nombre de la nación contrabandada por tantas lágrimas y tanta sangre, la entrega de las armas. Su discurso de Columbia fue una advertencia a los "revolucionarios del primero de enero", que ya la pistola 45 a la cintura y la Gaceta Oficial con los presupuestos bajo el brazo, comenzaban a empujar mamparas.

A dos días del arribo del comandante en jefe, desaparecieron los grupos armados de las calles y cesaba el constante ajeteo de los autos erizados de fusiles y ametralladoras. El comandante Ifigenio Almejeiras, forjado en la severa disciplina de la Sierra, se hizo cargo de la Policía Nacional. Cada soldado rebelde o cada miliciano, con el M-1 al hombro, estaba prestando un servicio. Se canceló el *hobby* belicista.

En verdad, el empeño pacificador se impuso por la persuasión, en el análisis y discusión serena de las necesidades nacionales del momento. Hubo reuniones y conferencias. El espectro de 1933 se fue borrando del ambiente. La anarquía, semilla destructora de tantos movimientos populares, no enraizó. El ciudadano se sintió tranquilo y seguro.

Muchos de los nombres de los nuevos ministros y altos funcionarios eran desconocidos para la mayoría. Nadie los objetó. Si estaban allí era por alguna razón. Esos expedientes de servicios que ahora salían a la luz se escribieron en la clandestinidad, en los campos de batalla, en el constante sacrificio de los años de pelea. No era el minuto para un gabinete de santones o bombines, para políticos de profesión, para los llamados "notables", tan infecundos como negativos.

Que se trataba de un equipo distinto se advirtió enseguida. De entrada, adelantándose al meloso forcejeo de halagos, la esposa del presidente Urrutia expresó su desagrado por el título de Primera Dama que ya empezaban a otorgarle. Se había abusado tanto de ese calificativo social, que para el pueblo era otro signo de mal gusto.

Apenas se anunció el nombramiento de Armando Hart como ministro de Educación, su esposa, Haydeé Santamaría, recibió 27 coronas y jarras de flores. Al siguiente día prosiguió, en escala creciente, la florida marejada. La abnegada combatiente debió recordar sus amargos días en la cárcel de Guanajay, después del Moncada, donde sólo recibía la visita de un grupo pequeño de amigos fieles. Requirió el teléfono y se comunicó con uno de los jardines.

—Oiga, habla Haydeé Santamaría de Hart. Hágame el favor de no enviar más flores a mi casa. Depositelas en la tumba de Enrique

Hart o de cualquier otro revolucionario.

—Mire, señora, es que tenemos órdenes...

Y HS:

—No me interesa.

Otro episodio puso a prueba la noble austeridad de la joven revolucionaria. Un cronista social la llamó solicitando una fotografía.

El diálogo telefónico:

—Es para pedirle una foto suya, señora...

—Lo siento. La única que tengo está tomada en la Sierra Maestra y estoy con el uniforme rebelde, un rifle al hombro y dos granadas a la cintura. ¿Le sirve?

El hilo transmitió un balbuceo:

—Bueno, es que... usted sabe... es para la crónica ¿no? Si usted se tomara una foto de estudio.

—No puedo. Ahora tenemos mucho trabajo para pensar en crónicas y fotografías. Buenas tardes.

Las tropas del Directorio Revolucionario entregaron el Alma Mater a las autoridades universitarias solicitando permiso, que les fue concedido, para instalarse temporalmente en el stadium, hasta que se completara la desmovilización. De los tanques de guerra capturados al enemigo en la campaña de Las Villas, uno, desarbolado, quedó en la sagrada colina como símbolo de la rebeldía estudiantil y como homenaje a Joe Westbrook, el adolescente inmolado en la sangrienta jornada de la calle Humbolt 7.

El episodio polémico del desarme tuvo un desenlace doloroso.

El teniente Aquiles Chinae, jefe de la base aérea de Sant Antonio de los Baños, se hizo un disparo en el pecho con propósitos suicidas en el antedespacho de la comandancia general de Columbia. Con severo concepto del honor, el pundonoroso militar se consideró mancillado por el hecho de que se hubieran sustraído armas de la dependencia a su cargo.

—Comandante, es mi honor, el honor de la revolución. Yo no puedo soportar que me roben mis armas. Yo quiero mucho a la Revolución... expresó a Fidel, mientras era asistido de primera intención.

—Es duro, comentó FC visiblemente conmovido, que una esposa y unos hijos, después de finalizada la guerra, tengan que pasar por estos sufrimientos cuando más seguros y dichosos se sentían...

El lunes 12 se firmó el decreto ordenando el inicio de la zafra. Se curaplia la consigna de "zafra sin Batista". Ahora se explicaban muchos impacientes estrategias de la retaguardia por cuáles motivos el ejército protegió los cañaverales y condujo las operaciones con un daño mínimo para los centrales, sus equipos de transporte y sus vías férreas. Azúcar sin sangre.

El consejo de ministros acordó modificar el sistema de juramento de los magistrados. El titular de Hacienda, Rufo López Fresquet, informó que habían sido prorrogados los presupuestos. En Oriente, Obras Públicas inició la repara-

ción de puentes, ferrocarriles y carreteras. Las noticias de la mansión palatina no eran espectaculares, pero sí positivas.

Los tribunales revolucionarios impartieron las primeras sentencias de muerte. Los asesinos de la dictadura, los torturadores, los verdugos, los que sembraron la muerte a voleo comparecieron ante las cortes marciales establecidas en las ciudades de provincias. Unos otros, en repugnantes careos, se acusaban, recíprocamente. Ni una sola voz, en la sociedad cubana, se alzó para defender a los siniestros delincuentes.

## Un derecho de Cuba

Durante dos años, el grito angustiado de Cuba llenó los ámbitos de América. La revolución tocó a todas las puertas y apeló a todas las conciencias, denunciando el gran crimen de Batista contra el pueblo. Los exilados llevaron su mensaje de uno a otro confin y se reclamó socorro en todos los tonos.

La causa libertadora contó, ciertamente, con la cálida simpatía de los países hermanos y no faltaron los nobles gestos de solidaridad. En los propios Estados Unidos, generalmente de espaldas a los problemas de sus vecinos del sur, el caso de Cuba cobró ancho espacio en la prensa y el nombre de Fidel Castro y su gesta se hicieron populares.

Todo eso era verdad. Pero lo que nunca pudo lograrse fue la integración de un poderoso movimiento colectivo de opinión con el apoyo de los gobiernos y organismos internacionales. No se obtuvo, en ningún momento, una presión directa contra la dictadura para que pusiera fin a la matanza. La OEA se lavó las manos, copiando el gesto inhibitorio de Pilatos. La ONU no hizo caso de ninguna protesta contra el crimen.

La cancillería norteamericana nunca disimuló su respaldo al régimen de Batista. Se abroqueló en un oportuno neutralismo cuantas veces se invocaba la constante violación de los derechos humanos por el dictador y su pandilla. Hubo voces aisladas de protesta, pero jamás una expresión oficial de condenación para la política de sangre y muerte entronizada por la bestezuela de Kuquine.

Y de pronto, apenas una descarga de fusilería dio cumplimiento a la primera sentencia dictada por los tribunales especiales de la revolución, estalló el escándalo, difundido y ampliado como si fuera un altoparlante, por la Prensa Asociada. Se empezó a hablar del "baño de sangre" de Cuba. Se distorsionaban los hechos, se falseaba la verdad. Afloraba la incompreensión, cuando no la malicia.

El lunes 12, fueron fusilados en Santiago de Cuba cuatro criminales de guerra, responsables de numerosas atrocidades. Se trataba del capitán Gutiérrez, el teniente Enrique Despaigne, el sargento René Casso Pérez y el soldado Elodio Abreu Pedrosó. Sobre algunos de ellos, el testimonio de los acusadores, familiares de las víctimas, acumuló hasta cincuenta asesinatos.

En las vistas celebradas los encartados se hicieron recíprocas imputaciones, describiendo sin tapujos en qué forma funcionaba el aparato de terror desatado en la provincia de Oriente. El proceso seguido se ajustó a la ley militar y las responsabilidades de cada uno quedaron claramente establecidas.



## UNO DE LOS MAXIMOS RESPONSABLES

Joaquín Martínez Sáenz actuó como el gran cerebro financiero de la tiranía, lo que equivale a decir una mente aviesa y tortuosa, fértil en urdir negocios inconfesables a la sombra del poder. Mientras el pueblo de Cuba se desangraba en una contienda sin tregua por recuperar sus libertades, el antiguo jefe del ABC fomentaba la más culpable francachela económica en detrimento del futuro nacional. Por su culpa queda por mucho tiempo endeudada la República. He aquí uno de los máximos responsables del torbellino de robo, crimen e insolencia que acaba de naufragar en la derrota más vil.



Se hizo más. Para evitar los enardecimientos populares y las posibles manifestaciones vengativas de la ciudadanía, los juicios fueron trasladados a la cárcel de Boniato, que ofrecía mayores garantías. En ningún caso se toleró que los procesados fueran objeto de insultos o vejaciones. La justicia se aplicó severa e inflexiblemente, mas sin rebajar la dignidad humana de los acusados.

Un sacerdote, el padre Chabebe, que los auxilió en sus últimos momentos, declaró que eran conocidos por su violencia y su crueldad, gangsters de Rolando Masferrer que mataban sin piedad.

Existe la opinión, manifestó, que esto se hace para evitar un retorno de estas gentes dentro de tres o cuatro años. Entre quinientos o mil vecinos de Santiago han sido muertos o torturados por los sicarios de Batista en los últimos tiempos.

Era una opinión autorizada, emitida sobre el campo mismo de las ejecuciones; era alguien que por su ministerio no podía alentar innobles sentimientos de venganza. Sin embargo, aún antes de que se dispersara el humo de la primera descarga emergieron las voces que regateaban, en una u otra forma, el derecho de Cuba a aplicar justicia en su propio país.

La mayoría de las opiniones, concretamente las de origen latinoamericano, exhibían un contorno respetuoso. Otras, en cambio, cultivaron el acento autoritario, ofensivo a la soberanía nacional. La suerte de unos cuantos esbirros inhumanos salió a debate internacional.

Un cable de la Prensa Asociada informó que "algunos delegados iberoamericanos" habían dirigido llamamientos de carácter amistoso a Cuba para que se pusiera fin a los fusilamientos sumarios. Les preocupaba, al parecer, que tales hechos "dieran mala reputación al gobierno revolucionario".

La preocupación de la ONU por el caso de Cuba se suscitaba con evidente retraso. No estaban lejos los días en los que los piquetes de exilados cubanos, portando cartelones, desfilaban frente al edificio de concreto y cristal, desafiando el cansancio y el frío. Entonces, la protesta naufragó en un clima general de indiferencia. El aeropago internacional, tan sensible a las desventuras del pueblo húngaro, cerró los ojos al drama de Cuba.

Y aquellos eran los días en que Pilar García distribuía los cadáveres por la capital, como si fueran pomos de leche. Los días en que la saga, el plomo y la tortura señoreaban la Isla, cuando a los presos políticos se les atropellaba en las mazmorras del castillo del Príncipe, cuando la FAE pulverizaba ciudades y ametrallaba campesinos. Era la época en que la censura impedía que se publicara la Carta de los Derechos Humanos, cada uno de cuyos preceptos Batista violaba y desconocía.

En la Cámara de Diputados de Argentina se aprobó una moción suscrita por el populista Agustín Rodríguez Araya, pidiendo que se pusiera fin a las ejecuciones. La prensa católica se manifestó fuertemente impresionada por las sentencias sumarísimas dictadas por los tribunales cubanos. Ese mismo día, en San Cristóbal se descubría un cementerio privado del comandante Menocal y se celebraban honores fúnebres a cuatro estudiantes de la Universidad Católica de

## El Tercer Tomo de la Edición de la Libertad

**HABIAMOS** pensado originalmente dedicar dos tomos a la Edición de la Libertad: el anterior y el presente. Esto sin perjuicio de continuar publicando en siguientes ediciones las informaciones sobre esta nueva gesta redentora, pero alternándolas con otras propias de los números ordinarios.

Pero el cúmulo de materiales gráficos y escritos que sobre la actualidad liberadora ha llegado a nosotros es tan grande, que hemos decidido dedicarle enteramente otro número: el próximo.

No necesitamos añadir que, aunque esta tercera parte de la edición será extraordinaria, tanto por el número de páginas como por la tirada, su precio no será alterado. Es una contribución de BOHEMIA a la liberación y a la obra de saneamiento y reconstrucción que ahora comienza.

¡Encuadérne y guarde estos tres tomos de BOHEMIA! ¡Sus hijos y sus nietos podrán repasar, a través de sus páginas, una gloriosa jornada de la historia de Cuba!

Villanueva, asesinados en el cuartel de las Pozas, después de haber sido hechos prisioneros.

El representante demócrata Wayne Hays, indignado, anunció que iba a convocar al secretario auxiliar de Estado para los asuntos latinoamericanos.

—Le voy a preguntar qué va a hacer el departamento de Estado para calmar a Castro antes de que despuente a Cuba...

En sus planes figuraba la retención de los créditos a Cuba, la suspensión de las importaciones de azúcar y otras medidas económicas. Tuvo, empero, la discreción de no amenazar con el desembarco de los marines.

Otro congresista, el republicano Styles Bridges, de New Hampshire, expresó conceptos semejantes.

—Realmente, declaró Bridges, las noticias de La Habana son poco tranquilizadoras, porque parecen indicar simplemente un momento de calma en las actividades sangrientas.

Por lo menos, admitía un paréntesis de tranquilidad en la capital. Era, precisamente, lo que nunca había existido en la época de la dictadura. La más modesta, en las jornadas de crimen del régimen, excedía con mucho la cifra total de los sicarios ejecutados. El tiroteo en la 15a. estación de policía costó más de noventa vidas en una sola noche.

El Herald Tribune, más objetivo, explicó, sin justificarlos, los fusilamientos. Sus críticas apuntaron más al procedimiento que a las sentencias en sí. Novedades, de Ciudad México, calificó de "desconsoladoras" las noticias procedentes de Cuba.

—Los excesos monstruosos del gobierno de Batista explican la reacción de los revolucionarios, y esa violencia engendró violencia, pero no es lo que nos podría gustar para Cuba o cualquier otro estado hermano.

Y el Diario de la Tarde: —Los movimientos que llevan en su bandera un ideal de justicia, de libertad, de democracia, no pueden caer, sin traicionarse a sí mismos, en las orgías sangrientas carentes de sentido humano.

El senador norteamericano Ho-

mer E. Capehart se mostró colérico e insultante:

—Las ejecuciones en masa por las fuerzas de Fidel Castro crean el espectáculo de un monstruo barbudo que anda cazando al acecho en Cuba... La ola de muertes por los rebeldes enloquecidos por la venganza provoca náuseas en los ciudadanos decentes.

No había ningún testimonio a mano de que el sensible estómago del congresista de Indiana hubiera sentido idéntico asco cuando José María Salas Cañizares, con una bayoneta, le abría el vientre a los jóvenes de Santiago, o cuando Ventura castraba a los presos antes de asesinarlos, o cuando Menocal los descuartizaba atándoles las extremidades a dos jeeps que aceleraban en dirección contraria.

El Daily Sketch, de Londres, enjuició así los hechos:

—Las ejecuciones en masa de Castro son otro espantoso capítulo que hará que los escritores de historia dentro de dos siglos nos describan como los peores bárbaros del montón.

—Este barbudo soldado joven "libera" su país. Luego concentra docenas de hombres en un campo y los ejecuta con andanadas de fusiles.

El Daily Mirror y el Daily Telegraph, uno laborista y el otro conservador, eran más benévolos en sus críticas. De todas formas, la prensa de la puritana Albión, la patria de Lord Kitchener, de tan ingrata memoria en Sud Africa, se unía al coro internacional de lamentaciones y a la campaña difamatoria contra la revolución cubana.

La reacción británica era inconsecuente. Lo lógico hubiera sido que junto a los sesudos editoriales de condenación hubieran publicado las fotos de Sagua de Tánamo y Santa Clara, con el espeluznante cuadro de los civiles, mujeres y niños, despedazados por las bombas y la metralla de los aviones ingleses vendidos a Batista para ayudarlo en su guerra contra Cuba. Los "Hwaks" británicos realizaron, sin duda, una buena labor.

Ninguno de los censores, norteamericanos o ingleses, tan saturados

de piedad humana y tan celosos de las normas de derecho, parecía recordar el episodio vindicativo de Nuremberg, que llevó a la horca a los criminales de guerra nazis y a sus colaboradores de toda Europa. El fiscal Jackson demandó la pena de muerte, "Ike" Eisenhower, como comandante en jefe de la Alemania ocupada, aprobó las sentencias y soldados de EE. UU. pusieron la soga al cuello del mariscal Kietel, de Jodl, de Streicher...

Los culpables del monstruoso genocidio de Rotterdam y Lidice, los sádicos cómplices de Buchenwald y Dachau purgaron sus crímenes. Las objeciones de orden jurídico quedaron ahogadas en un clima general de aprobación. Ningún cubano acertaba a explicarse ahora por cuáles motivos se les regateaba el derecho de castigar a los que hicieron de Alto Songo una réplica de Coventry y que copiaron en las estaciones de policía y los cuarteles la más horrenda torturas de los campos de concentración de Adolfo Hitler.

Por supuesto, Fulgencio Batista no podía faltar en la relación de espíritus conmovidos por el fusilamiento de Olayón o de Cornelio Rojas. En su refugio de Santo Domingo, a la sombra protectora de Trujillo, formuló declaraciones por el estilo de las del senador Capehart.

—Es un sintoma de barbarie, nabló el carnicero fugitivo. Oficiales, clases, y soldados pundonorosos, que se han rendido confiando en la ley y en el sentido humano que debe tener toda autoridad, están siendo asesinados en masa. Igual está ocurriendo con empleados civiles a quienes masacran con el pretexto de acusaciones cualesquiera...

El gobierno provisional, sin arrogancia, pero con firmeza, salió al paso a la conjura. La buena fe de muchos factores estaba siendo desorientada por informaciones tendenciosas.

Dijo el canceller Agramonte, con su peculiar sobriedad:

—Repito que el gobierno de Manuel Urrutia no está llevando a cabo ejecuciones en masa como se le ha acusado ni hay muchas ejecuciones para un baño de sangre. Creemos que la justicia se está aplicando. Lamentamos que nuestra acción haya sido mal interpretada en el extranjero. Sin embargo, como una nación que acaba de sacrificar millares de vidas para expulsar a un déspota y asegurar que las generaciones futuras puedan vivir en paz, en un régimen de vida democrática, nos reservamos el derecho de actuar de acuerdo con nuestra conciencia.

—Nosotros sabemos quiénes son los que dirigen esa campaña, declaró el ministro de Gobernación, Luis Orlando Rodríguez, y estamos dispuestos a probar la vinculación de algunos periodistas extranjeros que recibían dinero del pasado régimen y que continuaban recibiendo con el solo propósito de entorpecer y difamar a los que de buena fe tratan de encauzar el país. No seríamos revolucionarios si no actuáramos en esta forma.

—No nos atemoriza que se publique que la Revolución está haciendo ejecuciones en masa, porque esta revolución no ha ensangrentado las calles, ni ha robado ni saqueado. Pero tampoco permitirá que paseen por las calles, los asesinos, malversadores, traidores, ni que aquellos responsables de los



actos vandálicos de la tiranía hu-  
yan al extranjero.

La secretaría de la presidencia  
emitió el comunicado siguiente:

—Las ejecuciones llevadas a ca-  
bo han sido realizadas de acuerdo  
con la ley y después de celebrados  
Consejos de Guerra, con todas las  
garantías procesales y de las  
cuales se han extendido las corres-  
pondientes actuaciones. Oportuna-  
mente se ofrecerán los nombres  
de los criminales ejecutados con  
expresión de los cargos por los  
que se les sancionó. Se ha invita-  
do a la prensa nacional y extran-  
jera para presenciar los juicios,  
que son públicos.

En su comparecencia a la se-  
sión del Club Rotario de La Haba-  
na, Fidel Castro abordó la cues-  
tión, fiel a su proclamada política  
de sinceridades.

—¿Qué hubiera sucedido, se  
preguntó, si son ellos los que ga-  
nan la guerra? ¿Qué hicieron en  
el Moncada? Asesinaron a los pri-  
sioneros. ¿Qué hicieron con Calix-  
to Sánchez y sus dieciséis compa-  
ñeros? Los asesinaron. Hasta se  
enteraron por radio de que estaban  
muertos cuando todavía estaban vi-  
vos. Oyeron la noticia estando vi-  
vos...

—¿Qué hicieron con los priso-  
neros del Corintha? Asesinaron.  
¿Qué hicieron con los prisioneros  
y los heridos del Palacio Presiden-  
cial? Asesinaron. ¿Qué hicieron  
con los prisioneros del Gramma?  
Asesinaron. Nosotros, curar heri-  
dos, devolver prisioneros, hacer  
prisioneros a todo el ejército y ahí  
está. ¿Qué distinto hubiera sido si  
el ejército rebelde cae prisionero  
de la dictadura! ¡Qué distinto!

Y después de referirse a los ju-  
icios de Nuremberg y a la bomba  
atómica que pulverizó Hiroshima:

—La cuestión es que juzgaran  
a los alemanes. Entonces, ¿qué ocurre  
aquí? No era ésta una guerra entre  
naciones. Si algún crimen es odio-  
so es el crimen que cometió Cain.  
La Biblia habla del crimen de Cain  
como el peor de los crímenes, por-  
que fue el crimen de un hermano  
que mata a otro hermano.

Con énfasis:

—Si puede haber crimen odioso,  
bombardeo odioso, violaciones de  
derechos odiosas, son aquellas  
que no se reciben de hombres ex-  
tranjeros, sino de hombres que han  
nacido en el mismo suelo de noso-  
tros. Por eso los criminales de gue-  
rra de la dictadura de Batista son  
mil veces más odiosos que los cri-  
minales de guerra de un país ex-  
tranjero... Hubo hombres como  
Sosa Blanco que en una sola tarde,  
en una sola tarde asesinó a cincuen-  
ta y tres campesinos en un lugar  
donde nunca habíamos estado los  
rebeldes.

Por primera vez desde que lle-  
gó a la capital, Fidel volvió sobre  
el tenebroso pasado. Hasta enton-  
ces había venido contemplando la  
agitada actualidad y la perspectiva  
laboriosa del futuro.

—Y a una madre, siguió dicen-  
do, le mataron siete hijos y el es-  
poso. Y cualquiera que tenga el  
temor de perder un hijo podrá con-  
siderar y calcular el dolor que sig-  
nifica perder siete hijos y el es-  
poso. Y esos casos se dieron en  
una tarde. Nadie protestó, y por  
aquella época seguían llegando ba-  
las y tanques y bombas a la dic-  
tadura de Batista, y una misión mi-  
litar norteamericana daba clases  
en Columbia a esos asesinos. Eso  
es una verdad que no tenemos mie-  
do decirlo, cueste lo que cueste...

Contrastando con la algazara ex-

terior, nadie en Cuba, ni un indi-  
viduo ni institución, alzó su pala-  
bra para condenar las ejecuciones,  
ni siquiera para pedir benignidad  
en las sentencias. Y no era que la  
prensa y la opinión pública estu-  
vieran amordazadas, temerosas de  
producirse. Otras medidas del go-  
bierno provisional provocaban crí-  
ticas. Se impugnaba la ley anulando  
los títulos académicos; se denuncia-  
ba, como un peligro para el orden  
el irresistible ajeteo bélico de las  
milicias; se hablaba de rachas de  
robos y actos de vandalismo. El Di-  
rectorio Revolucionario enjuiciaba  
con crudeza determinadas posturas  
de Fidel Castro.

Era que Cuba había sufrido de-  
masiado en su carne y su espíritu.  
Batista y los suyos habían dejado  
atrás un sombrío saldo de ruina y  
desolación. La voz de los muertos  
más de veinte mil en los últimos  
años, reclamaba justicia. Los cuba-  
nos habían ganado su propia gue-  
rra, creaban sus propios tribunales  
se daban y aplicaban sus leyes.  
En suma, ejercían a plenitud su  
soberanía.

Algunas opiniones:

—Los periódicos norteamerica-  
nos, escribió Luis Gómez Wangüemert,  
siguen interesándose por los  
fusilamientos de ahora en Cuba,  
con un interés que nunca demos-  
traron cuando los muchachos re-  
volucionarios, algunos de ellos ni-  
ños, aparecían asesinados en las  
calles de La Habana, de Santiago  
de Cuba y de otros lugares de la  
República y sus fotografías apare-  
cían en las páginas de BOHEMIA.  
Aquellos eran inocentes víctimas,  
sin otro delito que el de luchar  
por la libertad. Y los fusilados de  
ahora, que han sido juzgados y  
condenados por consejo de guerra,  
con derecho a declarar, con dere-  
cho a presentar pruebas y a ser  
defendidos por abogados, son en  
su totalidad criminales de la peor  
especie, que asesinaron y tortura-  
ron por un sueldo, colocándose al  
margen de los derechos humanos,  
que sin embargo, la Revolución  
les ha reconocido ahora... No se  
puede permanecer en silencio  
cuando acusan a la Revolución los  
mismos que se mostraron toleran-  
tes con la dictadura hasta el pun-  
to de silenciar sus crímenes.

Un ex magistrado, Eloy G. Me-  
rino, expulsado de la judicatura  
por su postura vertical frente a  
los desafueros de la tiranía, saludó  
el regreso a las normas de de-  
recho y convivencia civilizada res-  
tauradas en la nación:

—La República, escribió en "El  
Mundo", ha ganado el triunfo de  
la Revolución: los cubanos han re-  
cuperado su libertad, el fuero ci-  
vil ha sometido y abatido el fuero  
militar, los ciudadanos pueden  
acostarse sin temor que a media-  
noche les abran las puertas a cula-  
tazas, las madres están ya tran-  
quilas porque sus hijos no son lle-  
vados a la tortura ni sus cadáve-  
res son abandonados en la vía pú-  
blica.

Por su parte, los dirigentes del  
Consejo de Estado de Cuba de los  
Caballeros de Colón, se dirigían  
al Caballero Supremo de la Or-  
den, Luke E. Hart, en New Ha-  
ven 7, Connecticut, en EE. UU.,  
refutando también a "los mal in-  
formados congresistas y periodistas  
norteamericanos". He aquí al-  
gunos párrafos de su elocuente do-  
cumento.

## en CUBA

—Cuba ha sufrido en los últi-  
mos 7 años una de las tiranías más  
sanguinarias en la historia de la  
humanidad. En ese tiempo unas  
20 mil personas fueron torturadas  
y asesinadas, utilizando medios tan  
terriblemente inhumanos que re-  
cuerdan los empleados por los na-  
zis en sus campos de concentra-  
ción y aún los de los emperadores  
romanos contra los primeros cris-  
tianos.

—Batista, maestro de la simula-  
ción, trató de captarse el apoyo  
del gobierno de los Estados Uni-  
dos, calificando a sus oponentes  
de comunistas, aún cuando la in-  
mensa mayoría nunca fue comu-  
nista ni siquiera simpatizantes del  
comunismo, militando por el con-  
trario en las filas de los hombres  
que combatieron su régimen, mu-  
chos sacerdotes y fervientes cató-  
licos prácticos; logrando de ese  
modo y a espaldas de la Asamblea  
de las Naciones Unidas que cono-  
cía de las energías protestas del  
mundo cristiano contra el Soviet  
por sus inhumanos ataques al pue-  
blo Húngaro, que en Cuba, a sólo  
90 millas al sur de la Florida, el  
despota pudiera emplear los mis-  
mos métodos de terror para reprim-  
ir al pueblo cubano.

—... A la caída de la tiranía el  
pueblo de Cuba, dando un alto  
ejemplo de civilidad en lugar de  
tomarse la justicia por su propia  
mano, como ha sucedido en cir-  
cunstancias similares en otros pue-  
blos, entregó a los culpables a las  
autoridades para que fueran ju-  
gados y el pueblo de Cuba tiene  
el derecho y el deber de castigar  
a esos criminales en defensa de la  
sociedad.

—... Los Caballeros de Colón de  
Cuba pedimos a usted que nos ayu-  
de a dar a conocer esta verdad al  
pueblo norteamericano, por ser la  
cruzada de un pueblo que ha lu-  
chado bravamente por sacudirse  
una tiranía oprobiosa y reclama el  
más absoluto respeto a su sobera-  
nía y su derecho a determinar su  
propio destino y ocupar en conse-  
cuencia el lugar que le correspon-  
de en el concierto de las naciones  
civilizadas y democráticas del mun-  
do libre.

### Marejadas de sucesos

Madrugada del domingo 11. Un  
carro de la motorizada avanzaba,  
a moderada velocidad, por la cal-  
zada de Zapata. El paso del vehí-  
culo, otrora símbolo de terror, no  
suscitó inquietud en los escasos  
noctámbulos. Habían pasado los  
tiempos de Pilar García y de Ven-  
tura. Los tripulantes del patrulle-  
ro, en lugar del odiado azul poli-  
ciaco, vestían el olivo de la re-  
volución.

La perseguidora traspuso la en-  
trada del cementerio de Colón, de-  
teniéndose junto al necrocomio.  
El médico y los empleados de  
guardia, estupefactos, vieron cómo  
extraían el cadáver ensangrenta-  
do de un hombre, con numerosos  
balazos en el pecho y en la cara.  
Se repta, a poco más de una se-  
mana de la fuga de Batista, la trá-  
gica peripecia tan usual en los  
días de la dictadura.

Como entonces, no se brindaron  
explicaciones. A lo más que ac-  
cedieron fue a informar del nom-  
bre de la víctima. Se trataba del  
médico Rafael Escalona Almeida,  
antiguo dirigente del Directorio

Estudiantil Universitario durante la  
lucha contra Machado. El forense  
se comunicó telefónicamente  
con los familiares.

Dos días después, el hijo y los  
hermanos de Escalona suscribieron  
un documento de denuncia, ofre-  
ciendo su versión de los hechos y  
apelando a Fidel Castro para que  
se hiciera justicia.

—El doctor Rafael Escalona Al-  
meida, manifestaron, ha sido bala-  
ceado en la sección Radiomotori-  
zada de la Policía Nacional por el  
combatiente de la columna 6, Ro-  
berto Pérez, produciéndole más de  
siete perforaciones en el tórax,  
cuello y cara.

—Hemos podido investigar que  
el doctor Rafael Escalona fue de-  
tenido a las 8 de la noche del sá-  
bado 10 del actual, y conducido  
a la Sección Radiomotorizada, des-  
de cuyo lugar se trasladó su ca-  
dáver al necrocomio, a las 3 de  
la madrugada de la propia noche.

—Del hecho no se dio cuenta a  
las autoridades. El capitán Hum-  
berto Rodríguez, segundo jefe de  
dicha sección, que se hallaba al  
mando de la misma en el momen-  
to de ocurrir el hecho, no adop-  
tó medida alguna para que fuera  
depurado. El capitán Samuel Ro-  
diles, primer jefe de dicha sec-  
ción, quien no se hallaba presen-  
te en el momento de ocurrir el he-  
cho, al tener conocimiento del  
mismo mostró su inconformidad,  
estimándolo impropio de la norma  
que corresponde a la Revolución  
triumfante, y alegando que igno-  
raba el hecho por no haberle sido  
comunicado hasta el momento en  
que los familiares del doctor Ra-  
fael Escalona acudieron a aquel  
lugar a las 2 de la madrugada  
de la noche de ayer, cuando fue  
que tuvieron conocimiento de la  
ocurrencia del hecho.

A juicio de los denunciantes, el  
origen de la detención de RAE y  
el desenlace posterior podía de-  
berse a que lo confundieron con  
"Cuchifeo" Cárdenas, perteneciente  
a las pandillas de Rolando Mas-  
ferrer.

—Estimamos, finalizaba el es-  
crito, que el doctor Escalona ha  
sido ejecutado sin causa y por pro-  
cedimiento expeditivo que pugna  
con los principios reiteradamente  
expuestos y que se viene practi-  
cando invariablemente como ra-  
zón misma del clima de garantías  
y justicia que inspira el movimien-  
to liderado por el comandante  
Fidel Castro Ruz, y por ello de-  
mandamos que se someta a proce-  
dimiento adecuado a los respon-  
sables de este asesinato; dejando  
aclorado que el hecho no es im-  
putable al gobierno de la revolu-  
ción triunfante sino a un acto que  
la denigra, realizado por indivi-  
duos sin escrúpulos, indignos de  
pertenecer al Movimiento de Li-  
beración. Confiamos en que las fi-  
guras destacadas del gobierno re-  
volucionario serán las primeras en  
velar por que tenga una sanción  
ejemplar.

La muerte de Rafael Escalona  
conmocionó a la opinión pública,  
introduciendo un elemento de  
preocupación en el ambiente de  
entusiasmo colectivo. El nombre,  
los antecedentes, las acusaciones  
o sospechas que pudieran recaer  
sobre el occiso tenían un valor se-  
cundario. Lo que importaba era  
conocer si se iba a restablecer el  
sistema inhumano de las ejecu-  
ciones nocturnas, a espaldas de la  
ley, si los agentes del orden iban  
a derivar nuevamente en una ame-  
naza para la ciudadanía.

Se evocó el trágico episodio de



la muerte de Eugenio Llanillo, a poco de haber tomado posesión de la presidencia Ramón Grau San Martín. Entonces se alzó la voz insobornable de Eduardo Chibás para denuncia: el crimen y exigir el castigo de los culpables. El líder inolvidable quiso atajar, en sus inicios, lo que luego se transformaría en una feroz guerra de pandillas, con asiento en los propios cuerpos de seguridad. Su noble y previsor esfuerzo se ahogó en el vacío de una tolerancia cómplice. El régimen de la cubanía puso la luz verde a los gangsters.

Empero, ahora la reacción fue distinta. Significativamente, fue el vocero del M-26-7, el periódico "Revolución", dirigido por Carlos Franqui, un combatiente de la clandestinidad, el exilio y la Sierra Maestra, quien con mayor entereza reclamó el inmediato esclacimamiento.

—La justicia más severa, editorializó el órgano rebelde, debe recaer sobre los hombros de los que hayan cometido tamaño delito contra la seguridad y la vida de un ciudadano. No debe haber la menor vacilación ni la menor conmiseración contra los que de tal modo pretenden manchar la limpia Revolución Cubana. De manera alguna podemos recaer en la reprochable conducta de los cuerpos represivos de la tiranía, contra los que se alza la dignidad herida del pueblo de Cuba. Esperamos, comandante Almejiras, su rápida y eficaz actuación.

Según la versión del capitán Humberto Rodríguez, Escalona había sido arrestado bajo la acusación de formar en las filas de los "tigres" del masferrato y de ejercer el cargo de jefe de operaciones en el ejército privado del director de "Tiempo". Explicó que Escalona, después de ser recluido en una celda, solicitó permiso para ir al baño, en cuya ocasión trató de desarmar al custodio, resultando muerto en el consiguiente forcejeo.

El presidente Urrutia convocó a su despacho al ministro de Gobernación y al comandante Camilo Cienfuegos para conocer los detalles del caso.

—El señor presidente, declaró Luis Orlando, no puede admitir ni admitirá que estas cosas ocurran, por lo que se procederá contra los que resulten culpables, sean quienes sean...

El jefe militar de Columbia, por su parte, puso su probada tenacidad al servicio de la justicia. El capitán Duque de Estrada fue designado oficial investigador. Antes de que transcurrieran muchas horas, la verdad se abrió paso. No hubo ocultamiento ni amiguismos.

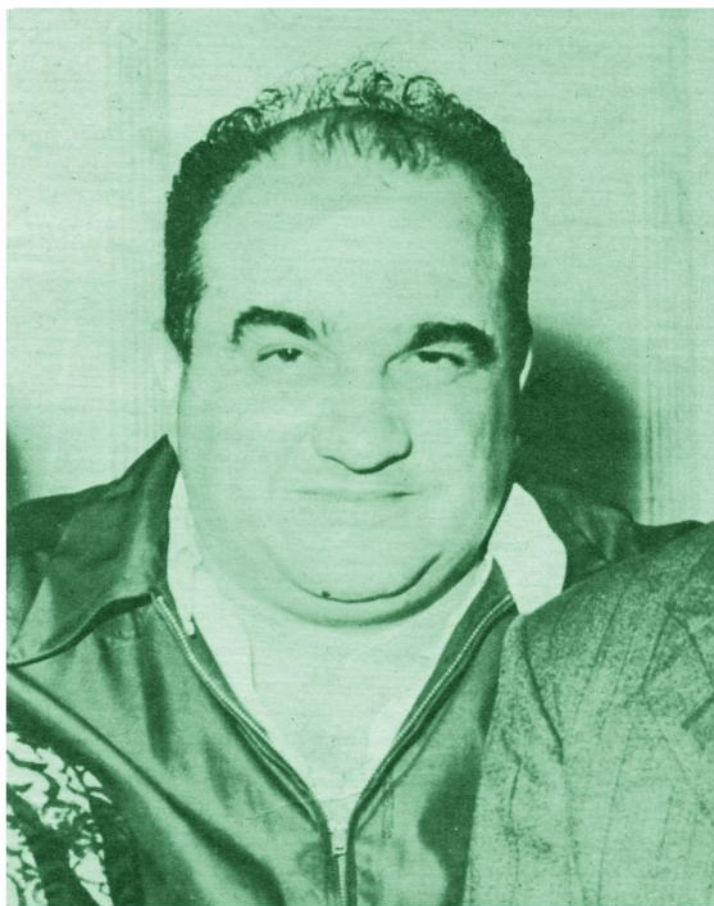
En las prisiones de La Cabaña los periodistas asistieron a un espectáculo insólito, pleno de elevada dignidad cívica. Camilo, con sus barbas patriarcales sobre el pecho, el sombrero tejano alzado sobre la frente, enfrentó severamente a su antiguo compañero de armas. Los reporteros quisieron retirarse para no presenciar la penosa escena.

—No, no se vayan, les pidió el héroe de Yaguajay. Aquí todo se quiere hacer a la luz del día y a la vista de los periodistas...

Se volvió hacia el capitán Rodríguez:

—El sargento Pérez dice que tú le ordenaste disparar sobre Escalona.

—Pérez me ha querido enmarañar, protestó el capitán acusado.



## M U J A L

Si se intentara vincular a tres figuras la aversión popular contra el régimen bárbaro fenecido el día primero, no cabe duda que junto a las de Batista y Ventura se destacaría parejita la de Mujal. La madrugada del día primero lo vió filtrarse en las sombras al interior de una embajada, usando un derecho de asilo que debiera ser más estricto y no amparar a delincuentes notorios, sino solamente a perseguidos por motivos políticos. Una muchedumbre enardecida lo escarneció cuando ascendía, olvidada ya su insolencia del pasado, la escalera del avión, tembloroso, tropezando, abyectamente. Era el sentir del pueblo de Cuba al ver que se escapaba de la justicia el dirigente impuesto de la CTC, que sirvió de dócil instrumento a la dictadura y colaboró estrechamente con los verdugos de Pilar García en la exterminación de los huelguistas del nueve de abril.

Me quieren escoger como una víctima entre los revolucionarios para satisfacer a la prensa y a la opinión pública...

No se alteró la serenidad del comandante rebelde. Clavó los ojos en el acusado.

—Nada importa la opinión pública en este caso, porque esa propia opinión pública tendrá que justipreciar la justicia revolucionaria. Sólo en una mente excitada caben esas manifestaciones.

Rodríguez Díaz bajó la cabeza. Luego se dirigió a los reporteros:

—Señores periodistas, hablé en voz baja, me retracto sinceramente de lo que dije. Estoy francamente alterado...

Comentó Cienfuegos en conferencia de prensa:

—Estos dos hombres son valientes soldados del ejército rebelde, pues inclusive el capitán Rodríguez Díaz resultó herido en dos ocasiones, pero haciendo justicia a los postulados de la revolución no podemos permitir que estos hechos caigan en el vacío, ya que incurriremos en los mismos procedimientos del batistato.

Y seguidamente, como una réplica a la campaña exterior desatada con motivo del fusilamiento

de los criminales de guerra:

—Si hacemos justicia con los nuestros, ¿cómo no vamos a fusilar a los que han cometido millares de crímenes? Si tuviéramos que fusilar a uno de los nuestros lo haríamos con pena, pero cumpliendo estrictamente con la justicia. No podemos caer en los mismos métodos del pasado.

La ciudadanía respiró tranquilizada. La etapa del crimen impune había terminado para siempre.

La atención pública continuaba requerida por las innumerables facetas de una actualidad constantemente renovada. En el orden material, la nación regresaba a la normalidad. En el aspecto psicológico, continuaba conmocionada, pendiente de la radio y de la prensa. Los periódicos vivían un momento estelar. Sus ediciones eran arrebatadas de manos de los vendedores. El rating de los programas musicales y dramáticos de la radio y la TV descendieron en picada. Los cubanos sólo querían noticias.

Los acontecimientos del minuto anterior, el último discurso de Fidel, la ejecución de un puñado de criminales de guerra, las declaraciones de Urrutia se confundían

con el recuento tenebroso del pasado, el hallazgo de más cadáveres, el testimonio de crímenes ignorados. A cada momento, con perfiles de escándalos, asomaba el descubrimiento de una lista, de un documento, reveladores de turbias actividades y provechosos negocios. El cieno y la miseria de siete años de ignominia expuestos a la luz pública.

Entre otros papeles ocupados en las dependencias oficiales apareció una carta suscrita por el esbirro santiaguero Laureano Ibarra Pérez, el despreciable "chivato" que condujo a los asesinos de José María Cañizares hasta el refugio de Frank País. La misiva estaba dirigida al propio Batista y en ella Ibarra, con franqueza, producto del miedo, describía la situación de Oriente, prácticamente en manos de los rebeldes. Estaba fechada en 10 de noviembre de 1958.

—La provincia de Oriente, expresaba LI, está hoy en manos de Fidel Castro. Los veintidós términos municipales están totalmente aislados y sitiados. No hay tránsito en las carreteras ni entran productos del campo en ninguna ciudad. Se carece de los más elementales, agua de botellón, leche fresca y carne. En Santiago de Cuba hay mercancías suficientes en los almacenes pero no pueden salir para el interior. Holguín lleva más de ocho días sin corriente eléctrica.

Con acento de pánico:

—Este dominio en el campo es de tal naturaleza que cobran impuestos sobre los productos del agro. No hay declaraciones de café ante los organismos oficiales, y se teme tengan que cerrar el ICECAFE y la Asociación de Caficultores. Estoy seguro que si no se toman medidas militares extremas, la zafra no podrá realizarse.

Bajo la presión de los tiros que sonaban en las afueras de la ciudad, Ibarra desahogó sus preocupaciones. Exhibió un cuadro que difería totalmente de los divertidos boletines de Boix Comas, artífice de las mentiras de Columbia.

—Nuestro ejército, proseguía, sufre reveses lamentables, y créame esto, aunque en el orden oficial le informen lo contrario. En las entradas de Santiago de Cuba están acampados. En Marimón, en los llanos que van desde San Juan a Santa Teresa, llegaron hasta el asalto de mi casa en el reparto Vista Alegre. Se están produciendo deserciones hacia las filas rebeldes y esto, aunque en pequeña escala es grave.

Al final de la misiva, el siniestro personaje se desdobló en estratega militar y consejero político. Ibarra tenía su fórmula para aplastar a los rebeldes y la ofrecía al sátrapa acorralado en prenda de su "ferviente admiración hacia el guía del pueblo, al hombre consagrado por el triunfo". Su sencillísimo plan se dividía en dos partes:

—a) Situar el lugar donde esté Fidel y pulverizarlo sin piedad, porque él es hoy el símbolo.

—b) Una acción militar intensa que rescate la autoridad en el campo.

Por supuesto, Fulgencio Batista no necesitaba de la asesoría de Laureano Ibarra para estimular su ferocidad. Hacia dos años que trataba, inútilmente, de localizar y exterminar al hombre del Moncada. De todas formas, los asesinos de la FAE redoblaron sus esfuerzos para localizar y pulverizar al jefe rebelde, reduciendo a escombros a Saguá de Tánamo, Alto Songo, La